

# LAS CARTAS DE TERESA DE LA PARRA. ¿UNA AUTOBIOGRAFÍA IN-CONFESABLE?

## THE LETTERS OF TERESA DE LA PARRA: AN UNSPEAKABLE AUTOBIOGRAPHY?

**Bohórquez, Douglas\***  
Universidad de Los Andes  
Venezuela

### Resumen

En este trabajo propongo una lectura de la correspondencia de Teresa de la Parra deteniéndome en sus cartas de amistad, sus cartas de amor a Gonzalo Zaldumbide y a Lydia Cabrera, así como en algunas cartas dirigidas al dictador Juan Vicente Gómez. Son cartas que oscilan entre lo público y lo privado, entre el dato sobre su vida cotidiana y su vida sentimental o anímica. Vistas en conjunto revelan la compleja y a veces contradictoria personalidad de su autora, su particular concepto de la vida y de la literatura, su melancolía, su miedo a la enfermedad, su raigal amor por el país.

**Palabras clave:** Teresa de la Parra, cartas, amistad, amor, melancolía, enfermedad, política.

### Abstract

In this paper I propose a reading of Teresa de la Parra's correspondence, focusing on her friendship letters, her love letters to Gonzalo Zaldumbide and Lydia Cabrera, as well as some letters addressed to the dictator Juan Vicente Gómez. They are letters that oscillate between the public and the private, between information about his daily life and his sentimental or emotional life. Seen as a whole, they reveal the complex and sometimes contradictory personality of their author, her particular concept of life and literature, her melancholy, her fear of illness, her deep-rooted love for her country.

**Keywords:** Teresa de la Parra, letters, friendship, love, melancholy, illness, politics.

\*Poeta, investigador y profesor titular de Literatura de La Universidad de Los Andes (Núcleo Universitario "Rafael Rangel", Trujillo). Doctor en Semiología por la Universidad de París VII. Estudió bajo la dirección de Julia Kristeva. Ha sido profesor invitado en universidades europeas y de América Latina. Sus áreas de estudio son la Literatura Venezolana, la Literatura Latinoamericana y la Teoría Literaria. Entre sus principales publicaciones destaca: Escritura, memoria y utopía en Enrique Bernardo Núñez (1990), Teresa de la Parra del diálogo de géneros y la melancolía (1997), Fabla del oscuro (poesía, 1991), Árido esplendor (poesía, 2001) y Calle del pez (2005). Además de varios monográficos en revistas europeas y latinoamericanas.  
ORCID: <https://orcid.org/0000-0003-0483-7273> / Correo: [djbohorquez@gmail.com](mailto:djbohorquez@gmail.com)

**Finalizado:** Mérida, Febrero-2025 / **Revisado:** Abril-2025 / **Aceptado:** Junio-2025

## Leer las cartas y comprender la persona

Nuestro propósito de leer las cartas de Teresa de la Parra involucra un intento de interpretación del lenguaje de estas con el deseo de acceder a algunas claves de comprensión de su persona. Las cartas son un documento esencial que nos permiten una aproximación a su decurso vital, a su filosofía de vida y a su concepción del mundo. Vida y persona están inextricablemente ligados. Nuestra mirada se detiene en ese lenguaje aparentemente transparente o comunicacional de sus cartas pero que nos habla de su complejo devenir existencial. Un devenir que en algún momento se torna dramático y doloroso debido a su enfermedad y en el que sin embargo se cruzan distintos sentimientos: alegría o euforia, melancolía, esperanza y pesimismo, miedo y culpa, nostalgia y valentía.

Teresa de la Parra amaba escribir cartas. Lo constata el hecho de que la primera parte de *Ifigenia* es “una carta muy larga donde las cosas se cuentan como en las novelas”. En efecto, en esta novela la carta es un modo propio de la ficción, asumida como simulación y parodia. Aunque son prácticas discursivas diferentes, hay puentes que comunican sus cartas con su obra de ficción. Ambas están habitadas por percepciones, imágenes, obsesiones y sentimientos comunes. Tales, los sentimientos de amistad, de amor, de melancolía, las imágenes de belleza, de misticismo o de miedo y horror ante la enfermedad. Testimonios de vida, sus cartas son también expresión de su visión de un mundo, el de inicios del siglo XX, en plena transformación.

Podemos suponer que nuestra escritora siempre escribió cartas. Algunas probablemente se extraviaron, otras quizás no se han hecho públicas. Muchas han sido tachadas o las hemos conocido fragmentariamente. Su correspondencia epistolar es pues, no cabe duda, una parte importante de su obra. Para Picón Salas estas cartas de Teresa de la Parra pudieran figurar

“en una muy selecta antología de la epístola española” y observa que “están impregnadas de la misma agilidad y volatilizada gracia” de *Ifigenia* y de *Las Memorias de Mamá Blanca*<sup>1</sup>. En tanto que prácticas discursivas tienen diversos registros semánticos y son reveladoras de la psique y personalidad de nuestra autora. Instrumentos de comunicación con una función pragmática y de diálogo, a la vez que documentos de vida, son también ejercicios de estilo en los que se juega un imaginario personal, es decir, trazos o huellas del inconsciente de la autora.

Uno de los aspectos fundamentales de la correspondencia de Teresa de la Parra es que nos revela su lado más humano y sensible, permitiéndonos tener de ella una visión pluridimensional, que rompe la perspectiva de la mujer heroica y gloriosa, santa. Ahora desde sus cartas, sabemos que amó fuera de las convenciones que le pautaba la moral de su época, que desafió no sólo los códigos literarios de la tradición narrativa venezolana sino también los prejuicios morales y éticos de su tiempo, que asumió el placer y el dolor, que afrontó el horror de su enfermedad con valentía, que sintió miedo y sufrió el infierno de la depresión, que desde muy joven quizás, la persiguió el fantasma de la melancolía, que buscó los favores del poder, que aunque disfrutó la mundanidad y los placeres liberales de París, tuvo una definida inclinación mística. Esa mujer apasionada y osada, culta, sentimental, sincera y seductora, amante angustiada y temerosa, está en sus cartas. También la mujer políticamente contradictoria que aunque ama su país profundamente, evade la toma de posiciones y busca su libertad en la escritura y fuera de los restrictivos códigos morales de su tiempo.

Entre la confidencia personal o biográfica, la reflexión de vida, social,

<sup>1</sup> Mariano Picón Salas. “Prólogo” en *Teresa de la Parra. Cartas* p.I-II. Librería Cruz del Sur. Caracas.1951. También el escritor Ramón Díaz Sánchez ha señalado que “...el verdadero drama de Teresa de la Parra está plasmado en sus cartas”. *Teresa de la Parra (Clave para una interpretación)*. Caracas. Ediciones Garrido. 1954.

histórica o literaria, las cartas de Teresa de la Parra nos permiten explorar su ruta de vida, conocer sus relaciones y afectos familiares, su concepto de la amistad, sus miedos, sus dificultades y desafíos frente a la posibilidad del matrimonio, la enfermedad, e incluso su posición ante la institución literaria. Fragmentariamente oscilantes entre el diario y la biografía, entre la confesión y el dato informativo, a la par que revelan una conciencia literaria, expresan igualmente una conciencia ética, su posición ante la vida, la enfermedad y la muerte. En ellas se palpa su drama vital, sus contradicciones existenciales, sus goces y placeres pero también están las imágenes de la enfermedad, de la melancolía, de una depresión que desgarró parte de su existencia.

Por todo esto creo que las cartas de Teresa de la Parra son tan importantes como su misma obra de ficción. En ellas está nuestra autora en estado puro, íntima y única, diversa y particular, mostrándose en sus paradojas, en su complejidad vital y existencial. En la correspondencia de sus últimos años, descubierta su enfermedad, encontramos paisajes de una melancolía desoladora. Enfrentada a su condición mortal, a sus proyectos truncados, muchas de sus cartas son de una humanidad conmovedora. En ellas se cruzan el miedo y el coraje, el horror ante la muerte y la valentía de imponerse a su enfermedad apelando a su deseo de sobrevivir. Son cartas de esa belleza terrible de la que habla Rilke, un autor de su particular interés, en la que dialogan lo sublime, lo oscuro y lo precedero.

Algunas de estas cartas son el testimonio de dos experiencias límites a las que ella se enfrenta: el amor y la muerte. Son, de algún modo, experiencias indecibles e inconfesables. Ante ellas su escritura a veces calla o se oblitera. Hablamos de experiencias difícilmente transferibles a la escritura. Las cartas toman el relevo de su ficción y configuran, como rodeándola, una suerte de autorretrato, de autobiografía fragmentaria, en la que la memoria, siempre asediada de melancolía, fulgura ocasionalmente.

Rasgadas por elementos psicológicos o imaginarios, estas misivas de nuestra autora perfilan un desdoblamiento y una relación especular en la que destella la interrogación de sí misma, desde sus miedos, fantasmas y obsesiones. Pero como Narciso, Teresa teme ahogarse en aguas especulares. Observemos a título aclaratorio que algunas cartas tienen fechas y lugares equívocos o tentativos puestos quizás por la persona que las recopiló o que inicialmente las publicó.

Adscritas al ámbito de su vida privada, el tono de lenguaje de estas cartas es siempre personal. Son cartas a sus amigos o escritores conocidos. En general, sus cartas son cartas de amistad en las que se manifiesta el alto sentido que tiene de este sentimiento lindante a veces con lo ideal o lo sublime. Antídoto contra el tiempo, la distancia e incluso la muerte, para ella la amistad es, como le dirá en una carta a su amigo Luis Uribe Zea una “especie de comunión de los santos” (Parra, 1951, p.41)

Más allá de su función comunicativa y de diálogo, Teresa ve igualmente en ellas un espacio de reflexión y de evaluación de su vida y de su obra pero también de intercambio de afectos, simpatías y lealtades. En este sentido son un medio que le permite trascender la lejanía física o emocional con respecto a sus amistades, al país, a Caracas. Sus cartas, en una suerte de ejercicio proustiano, le permiten recuperar y manifestar parte de su memoria afectiva ligada a la infancia y juventud y su pasión por el país, rasgada por la distancia. En muchas de ellas, sobre todo en las que dirige a sus amigos Carias y Lecuna aparecen reiteradamente imágenes de una Caracas vista desde el cariño pero también desde la crítica a sus convenciones. De allí que acuse la estrechez de miras y eso que ella llama “rivalidad de campanario” que mucho tiene que ver con una actitud provinciana y con el “microbio de la envidia” según sus propias palabras.

A la vez que en ellas se muestra en su cotidianidad, sin afeites, en un lenguaje a veces ligeramente irónico, ágil, a veces emotivo,

también es verdad que estas cartas de Teresa de la Parra tienen un espesor intelectual y una elegancia humanística: muchas de ellas son un espacio de reflexión y de intercambio de conocimientos. Sin embargo, estos rasgos no están reñidos con la gracia y fineza de su estilo. A Teresa de la Parra no le fue ajeno el conocimiento de esa gran tradición epistolar europea que va desde Cicerón hasta los clásicos franceses y españoles. En más de una ocasión nos deja ver su admiración por autores como Santa Teresa de Jesús, San Juan de la Cruz, Cervantes, Romain Rolland, Stendhal, Maupassant o Colette. También se interesó en la lectura de clásicos venezolanos como Andrés Bello, Cecilio Acosta, Juan Vicente Gonzalez o Fermín Toro, tal como lo confirma una carta dirigida a Rafael Carias, desde Suiza, fechada el 2 de agosto de 1927 en la que le solicita que le compre y envíe libros de estos autores.<sup>2</sup>

Algunas de sus cartas revelan una inusual lucidez acerca de la extraña condición del lenguaje literario, tal como se deja ver en una carta al Sr. Eduardo Guzmán Esponda, quien en un artículo crítico publicado en una revista en torno a *Ifigenia* ha manifestado una cierta incompreensión de su personaje María Eugenia Alonso. La irónica e inteligente respuesta de Teresa de la Parra expresa su profundo conocimiento de la psicología humana y del arte de novelar como arte de poética sugerencia que dice más allá de la letra y puede testimoniar la “misteriosa dualidad” del ser humano. Teresa caracteriza en esta carta a su personaje como sujeto imaginario rasgado en su dualidad aparentemente lógica por lo inconsciente, es decir, por el deseo, por sus contradicciones entre el cuerpo y su aspiración a lo sublime. María Eugenia, sabemos, es un personaje a través de la cual la autora ha querido mostrar las tensiones propias de su género pero también las de su adscripción, a pesar de su aparente modernidad, a un pasado familiar. Es pues, un

personaje tensionado por lo oscuro, por eso le dice al Sr Guzmán que a María Eugenia “la mandan y la mandarán siempre sus muertos” (Parra, 1951, p.p. 595-596). También una carta que escribe a Miguel de Unamuno en julio de 1925, denota esta conciencia reflexiva en torno a *Ifigenia* y su relación especular con respecto a su personaje María Eugenia Alonso.

Tienen particular interés, por la intensidad de los sentimientos, las que cruza con Gonzalo Zaldumbide y con Lydia Cabrera. Las cartas de Teresa son sinceras: es frecuente que expresen muchas de ellas sus afectos a la persona que escribe y en las más íntimas o personales, no obvia la confidencia ni la alusión o consideración de su estado emocional. En este sentido hay que señalar que el sentimiento de melancolía roza o atraviesa buena parte de su epistolario.

A pesar de su aparente transparencia y de la sinceridad que denota la escritura de estas cartas, una actitud moralista y de censura de parte de quien presentó o dio a conocer un buen número de ellas se manifestó en sus tachaduras u omisiones, como si algo de in-confesable e inconfesado se escondiera en ellas. Se temió hacer pública la osadía de una vida que rompía los estrechos límites morales de su época y de su país. Insisto: Teresa de la Parra escribió y vivió a contracorriente de muchos de los códigos morales y culturales de su época y de su familia. En este sentido, buena parte de la vida de Teresa de la Parra tiene una proyección imaginaria, se nos entrega en imágenes y sugerencias, en elisiones, en omisiones y silencios. De allí la dificultad que presenta la reconstrucción biográfica de su itinerario vital y de allí también la importancia de su epistolario. Algunos fragmentos de estas cartas, particularmente las que cruza con Gonzalo Zaldumbide y con Lydia Cabrera tienen particular interés, dada la cercanía amorosa entre ellos y la osadía o audaca que esas relaciones suponen por parte de una Teresa de la Parra más fiel a sí misma que a los prejuicios familiares y de época. Si

<sup>2</sup> Cf. Teresa de la Parra. *Cartas a Rafael Carias*. p.63, Alcalá de Henares (España), Talleres penitenciarios de Alcalá de Henares. 1957.

por otra parte ponemos en correspondencia psicológica la ficción de Teresa de la Parra con algunas de sus cartas, las más íntimas o personales, pudiéramos pensar en la existencia de dos mitos que entran en tensión en su personalidad: el mito de la virginidad y el mito de la maternidad. Detengámonos en algunas cartas:

### Cartas de amistad

Las *Cartas a Rafael Carias*, uno de sus grandes amigos, recopiladas y publicadas por el mismo Carias, después de la muerte de Teresa, revisten singular interés. Carias fue un funcionario público que ejerció importantes cargos en la administración pública. Al igual que Teresa, pertenecía a una distinguida familia caraqueña. Estas cartas expresan una amistad fundada en un cariño, una lealtad, una sinceridad y una confianza recíprocas. En función de esto, Teresa, desde París, le comenta avatares de su vida, le narra o describe situaciones personales, le pide diversos favores relacionados con trámites en Caracas. Constantemente, en cada carta ella le agradece sus gestiones y le reitera su cariño. Se puede observar en estas cartas a Carias una suerte de red familiar dada la trama de relaciones que los vincula. Así, en una carta fechada en Ginebra el 25 de septiembre de 1925, Teresa acepta el madrinazgo de su hijo y le desea “mucho alegría, mucha salud y muchísimo dinero para el camino que acaba de emprender” (p. 30). Manifestación de esta confianza y familiaridad, es otra carta fechada en París en noviembre de 1925, en la que Teresa de la Parra le pregunta a Carias si está dispuesto a asumir la administración de sus bienes en Caracas.

Se puede entender a través de varias cartas de amistad que Teresa de la Parra vivía entre varias contradicciones. Así como amaba y disfrutaba su moderno presente en París, rodeada de nuevas posibilidades de desarrollo personal y de disfrute de la moda y de las novedades culturales que brindaba la ciudad, amaba también su pasado y algunas de las tradiciones inherentes a este. Su pasado

y particularmente su infancia en la hacienda ubicada en Tazón (cerca de Caracas), la asediaba. En su imaginario de la infancia, tal como se revela en las *Memorias de Mamá Blanca* pero también en algunas imágenes de sus cartas, está la fantasía de un país agrario feliz y el mito correspondiente de un paraíso perdido. En algunas cartas a Carias este pasado y particularmente en su versión de pasado colonial, es una memoria sensitiva, un recuerdo que, como el de Emilia Ibarra, es un perfume que ha querido hacer notar en las páginas de su *Ifigenia* y en las *Memorias de Mamá Blanca*.

Las cartas dirigidas a Rafael Carias, al igual que otras dirigidas a Vicente Lecuna, a Enrique Bernardo Núñez o al Dr. Luis Uribe Zea, suelen tener la misma estructura compositiva: se inician con un saludo afectuoso (“querido o estimado amigo”) y siempre muy respetuoso, para pasar luego en su desarrollo a informar algunos hechos o acontecimientos personales, a observaciones sobre su estado emocional, sus proyectos personales o literarios, sus andanzas en Europa. La despedida insiste en saludos afectuosos para el destinatario y para su familia. En las cartas dirigidas a Carias se permite reflexiones irónicas en torno a María Eugenia Alonso, el personaje central de *Ifigenia*, a la vez que intercambia con Carias comentarios relativos a la recepción y lecturas de que ha sido objeto esta novela en Caracas. Tal, el comentario en torno al juicio crítico del Dr. Lisandro Alvarado, que le resulta “tan erudito y filosófico como incomprensible” (p.34). Por otra parte, estas cartas se desplazan entre imágenes del pasado e imágenes del presente. Las primeras suelen estar referidas a un país, y sobre todo a una Caracas vista a la distancia, con un sentido crítico una vez, con añoranza o nostalgia en otras ocasiones, sobre todo en momentos en que remite a su infancia. Las imágenes del presente suelen estar referidas, por lo general, a sus circunstancias vitales en París o Suiza, a sus proyectos, sus lecturas, sus viajes o a su enfermedad.

También las cartas dirigidas a Vicente Lecuna o al Dr. Luis Zea Uribe, dos de sus amigos más admirados, reflejan sus tensiones vitales, sus contradicciones. Así, en algunas de estas cartas la expresión de su melancolía está ligada a la nunca superada nostalgia de un pasado venezolano, muchas veces vivido en el tedio o la asfixiante opresión de sus costumbres y moral restrictivas. Pero por otro lado, el presente en París le ofrece libertad pero no una ventura o felicidad permanentes. Muchas de estas cartas de amistad nos muestran su mundo personal, su interioridad desgarrada entre dos culturas: la venezolana, expresión de su condición de mujer criolla y la europea que la enfrenta a otra visión y concepción de la vida.

A Vicente Lecuna, banquero, político e historiador experto en la vida y obra de Simón Bolívar, le pide asesoría sobre su proyecto de escribir una biografía o vida íntima de Bolívar a la vez que le da cuenta de sus viajes a Colombia y a la Habana. A medida que lee documentos sobre Bolívar, le confiesa su creciente admiración por él, tal como se lo confiesa en una carta fechada en Vevey (Suiza) el 10 de septiembre de 1930: “Todo lo que se diga de él es poco. A medida que lo conozco voy reconociendo lo atrevido de mi proyecto y me asusto y apoco” (p. 14). Le comenta a Lecuna sus puntos de vista y sus críticas sobre la historiografía tradicional relativa a Bolívar, sobre la Independencia, a la vez que le refiere su amor por la Colonia, por su carácter, su sobriedad, su nobleza espiritual. Le interesaba el Bolívar sentimental, humano, que ocultaba la pesada historiografía convencional. Por otra parte le expresa sus puntos de vista en torno al comportamiento y modos de ser propios de los negros adaptados al trópico, de los mestizos y de los venezolanos. Se revela así el interés de nuestra autora por la cultura criolla, por sus formas y modos de ser.

Las cartas dirigidas al Dr. Luis Uribe Zea tienen un marcado matiz personal y confesional. Luis Uribe Zea fue un médico e intelectual colombiano con quien Teresa de

la Parra hizo una amistad muy sincera y leal. Como quiera que se trataba de una relación entre ellos fundada en virtudes como la bondad y la honestidad, Teresa privilegia en sus amigos y particularmente en Uribe, no tanto el conocimiento o su talento artístico, sino el “control de los sentimientos por la honradez... la armonía, la elegancia moral ante sí mismo” (p.p. 41-42).

Compartía con su amigo Zea una dimensión sagrada de la amistad y un manifiesto interés en torno al misticismo. En una carta de diciembre de 1930 le agradece el envío de un libro de su autoría y a propósito de éste, le observa que para ella el trópico es tierra fértil al misticismo y que “las influencias europeas importunas, inadecuadas y mal digeridas durante todo el siglo XIX nos han desorientado” (44). Teresa le comenta su inclinación por la búsqueda interior frente al materialismo individualista y la persecución de la fama, el poder y la exaltación personal. En otra carta fechada el 6 de septiembre de 1931, desde la Costa Azul, le dice, que pasa una temporada espiritual y de soledad, señalándole la lectura que hace de un libro de historia de la filosofía del alemán Messer, y su “fortificación en su renacimiento de la fe” (p. 46), en cuyo camino reconoce a su amigo Zea Uribe como un guía y maestro.

La edición de su *Obra* (narrativa, ensayos, cartas de Biblioteca Ayacucho) incluye cuatro cartas a Enrique Bernardo Núñez que tienen singular interés pues denotan la preocupación de Teresa de la Parra por su país y por su cultura criolla. La primera aparece fechada en París en noviembre de 1925 y en ella le hace comentarios irónicos en torno a la crítica “chabacana” de que ha sido objeto su novela *Ifigenia* en Bogotá por parte de un tal Carlos de Villena. Le comenta igualmente que ha terminado de escribir las *Memorias de Mamá Blanca*. En la siguiente misiva le hace algunos comentarios en torno a su escepticismo y desconfianza sobre los políticos y la política en Venezuela, a la que considera “un callejón sin salida” (Parra,

1982, p.546). En la tercera carta fechada en París en noviembre de 1926 le informa que está en París “leyendo de Bolívar y de Venezuela”. Igualmente le dice que ante la grisura de París, quisiera irse, como Simón Rodríguez, a caminar por el trópico, a “ver los árboles, el mar azul, los negros, los indios y los criollos blancos no europeizados” (p. 546). Le confiesa su simpatía por los criollos cultos, “sin pretensiones de elegancia parisina” (p. 546). En la última de estas cuatro cartas, Teresa de la Parra le comenta a su amigo Núñez los avatares, dificultades o malentendidos que ha experimentado el trabajo de edición de *Cubagua* en París.

### **La enfermedad y la melancolía**

La enfermedad pulmonar significó un giro inesperado en la vida de Teresa de la Parra. La enfrenta, como hemos dicho, a esa experiencia límite que es la muerte. Sus proyectos de escritura se vieron truncados, particularmente su libro sobre la vida sentimental de Bolívar. Su existencia se vio a partir de entonces seriamente limitada, condenada al reposo en sanatorios, al peregrinar entre médicos y lugares de atención terapéutica, en busca de una curación que nunca tuvo. ¿A qué se aferra Teresa de la Parra cuando ya enferma siente que la escritura no es para ella una vía de liberación y de realización? Se aferra, pensamos, a la amistad ya a una cierta búsqueda mística, a un misticismo sin fe, pudiéramos decir.

El Dr. Luis Zea Uribe, por su condición de médico y de amigo, con el que Teresa de la Parra comparte gustos e inclinaciones espirituales, será uno de sus interlocutores privilegiados durante el proceso de su enfermedad. En una carta del 3 de abril de 1932, de la Parra, internada ya en un sanatorio para pacientes con tuberculosis, en Leysin (Suiza) le escribe de nuevo a Zea Uribe, informándole de su estado de salud, indicándole los pormenores, los primeros síntomas de su enfermedad, las consultas con distintos médicos.

Sabe que inicia una nueva etapa de su vida, sabe que la enfermedad va a significar dolor e incluso puede provocar su muerte. Con entera sinceridad le dice: “Estoy enferma, querido Zea” pero le agrega sentir intensamente la dulzura de vivir, como en “estado de gracia”, con resignación. Le comenta que está “bloqueada entre la nieve, todo el día en cama” (Parra, 1951, p. 48-52), procurándose una gran amistad con ella misma. Las cartas a Uribe son un medio de catarsis y su amistad, una guía en la oscuridad. Expresiones de su inclinación y búsqueda de lo místico y espiritual, manifiestan una severa crítica a un mundo civilizado que procura confort pero tiende a negar la sensibilidad y espiritualidad.

Su estado de ánimo, por lo general proclive a la melancolía, suele ahora ser más oscilante y rozar en reiteradas ocasiones la depresión. Se lo confiesa a su amigo: “Me he dejado deprimir mucho, Zea, en estos últimos meses...” (p. 58). Su relación con la enfermedad oscilará también entre la rebelión y la entrega, como si viviera un exilio interior. Anhela la posibilidad de volver a escribir pero la progresión de la enfermedad, y con ella la intensificación de la melancolía y la depresión bloquean sus posibilidades expresivas. Al aletear constantemente en su imaginación la imagen de la muerte, la escritura de ficción se convierte así en una suerte de lengua agónica, como enterrada en vida, algo que apenas sobrevive en su memoria. Las cartas, ahora muy reflexivas, ante la desesperada situación existencial que suscita la enfermedad han tomado el relevo de la ficción.

En su enfermedad el silencio será pues, parte esencial de la vida de Teresa de la Parra. Le dirá a Zea: “...el encanto de Leysin es el silencio. Pudiera llamarse la ciudad de los tísicos, o la ciudad del silencio” (p.60). Es el silencio de su cuarto en el sanatorio de Leysin, un silencio que la aísla, que ella aprecia, que la encierra en ella misma, pero que es metáfora del silencio de su escritura y provoca el exacerbamiento de sus voces

y fantasmas interiores. Las cartas de sus últimos años son el testimonio, no sólo de su enfermedad sino también de ese otro drama, un tanto obliterado, inconfesado, que es un cierto sentimiento de exclusión, de ya no ser una persona normal. Todo ello le impide avanzar en sus proyectos de escritura. El dolor que suscita la enfermedad no es pues solo físico, es también simbólico y espiritual. Es el dolor de la reclusión y de la anormalidad, de sentirse un poco una amenaza debido al posible contagio a los demás, debido a su condición de apastada.

Bella, inteligente, seductora, la enfermedad la confina a una soledad de la que no podrá librarse. La sombra de Narciso aletea en su melancolía y depresión<sup>3</sup>. El recuerdo de sus mejores tiempos, particularmente los vividos en Caracas en la protectora compañía y amistad con Emilia Ibarra, la asedia ocasionalmente. Perdida la fe en sí misma y en la escritura, Teresa de la Parra irá a refugiarse en una suerte de misticismo melancólico, sin Dios. Si en su obra de ficción la melancolía aparece matizada y entreverada con la gracia, el genio y el humor de la escritora, en sus cartas, una vez descubierta la enfermedad, la melancolía será una constante de su espíritu, rasgado por el sufrimiento y el dolor, por los inconfesados sentimientos de culpa y vergüenza, por la precariedad de su vida. Reaparece una persistente negatividad que pareciera implicar una dolorosa impugnación de sí misma.

Probablemente se dio en nuestra autora una permanente lucha entre su narcisismo y su tendencia a la depresión y la melancolía. La enfermedad la enfrenta de nuevo a su ideal narcisista, a su autoimagen de mujer bella, culta, inteligente, a una condición de escritora que le ha otorgado fama, prestigio y reconocimiento. Hay en su melancolía el cruce

de diversas imágenes y sentimientos (el dolor de la pérdida de su amiga Emilia Ibarra, su duelo, la resignación, el encierro, la nieve, la soledad, la muerte) pero también la expresión de una lucha consigo misma para no caer en el abandono total, en el vacío o incluso en la muerte. A ratos la mención de una posible cura por algún médico, titila en sus cartas, como una imagen de esperanza. Persistente por ciclos, se asoma en sus cartas, al lado de esta melancolía, y como alternativa frente a ella, una pulsión mística, buscada como vía de introspección. Ante la crisis subjetiva y moral que supone la enfermedad, la pulsión mística aparece como vía de reconexión con lo sagrado, como vía de redención en su atormentado viaje interior.

Teresa de la Parra muy frecuentemente parece secretamente motivada, tanto en su obra de ficción como en sus cartas, por esa pulsión mística que es una suerte de contrapeso al narcisismo, a esa idealización del yo metaforizada en la tendencia al reflejo especular tan presente en el cuento “La Mamá X” y en la María Eugenia Alonso de *Ifigenia*. Su renuncia a la escritura tiene un lado de renuncia cristiana, de expiación, ligada a las dificultades para acceder a lo sagrado. Tengamos en cuenta que Teresa de la Parra tuvo una educación católica.

En su periodo de interna en el colegio de monjas de Valencia (España) Teresa asistió y participó de los rituales místicos del catolicismo: misas, oraciones, confesiones, penitencias, comuniones. Allí en ese colegio llamado Sagrado Corazón, Teresa escribió un poema dedicado a la venerable Madre Magdalena Sofía de Barat, en ocasión de su beatificación, que apareció en el Boletín de ese instituto. Seguramente fue asediada desde niña por imágenes de santidad. Sabemos que leyó vidas de santos y particularmente a San Juan de la Cruz y a Santa Teresa de Avila. Teresa de la Parra parece buscar en el misticismo una reconciliación con esa sacralidad vivida en su infancia y adolescencia, una sacralidad que la libere de culpas, angustias y miedos

<sup>3</sup> Para Kristeva los términos melancolía y depresión “designan un conjunto que podría denominarse melancólico-depresivo cuyas fronteras están en realidad difuminadas...” Julia Kristeva. *Sol negro. Depresión y melancolía*. p. 14. Monte Ávila Latinoamericana. 1997. Caracas..

propios de su enfermedad. El sufrimiento que atraviesa su lenguaje epistolar recuerda al de una santa mortificada por sus pecados.

Silenciada y abandonada la escritura, las cartas se convierten en una especie de segunda piel, que por su acción catártica, la protege de ese otro lado de su personalidad, de su inconsciente, en el que habitan tantos miedos y fantasmas. Esos terrores ligados al imaginario de la enfermedad y la muerte son parte sustancial de lo inconfesable, de ese indecible inconsciente que pugna por expresarse entre formas de la memoria y figuras de lenguaje. Su melancolía, que a ratos toma la forma de acedia y a ratos alterna con la nostalgia, es como un nudo de relaciones en el que se entretajan el recuerdo de un pasado, una infancia y juventud vividos con cierto esplendor y la rutinaria y blanca urdimbre de nieve, cama, inviernos, soledad experimentados en el sanatorio.

Si antes la escritura ficcional podía ser un sustituto y una coraza contra la depresión y la melancolía, ahora las confesiones que hace en sus misivas ocupan ese lugar a veces explícito, a veces oblicuo. Confesar la tristeza es para Teresa de la Parra una forma de sobrevivir a la culpa y a ese destierro que es el sanatorio en Leysin. En carta a Zea le habla de su felicidad como una felicidad “triste y negativa” para referirse luego al nirvana, pero asociándolo al sentido pesimista que le da Schopenhauer: “...ausencia de deseo hasta la negación de la vida” (p.68)

A medida que su enfermedad avanza, su melancolía y depresión se hacen más intensas y recurrentes. También sus pensamientos en torno al infinito y el más allá después de su muerte. Su desgaste emocional es notorio. En una carta de 1932 fechada en Vevey (Suiza) Teresa de la Parra le confiesa a Lydia Cabrera querer desear la muerte en silencio. Dice sentirse “horriblemente nihilista” hasta el punto de querer sumirse en un estado de Nirvana pues se siente anímicamente cansada “como un pobre burro de recua” (p. 156-158. Torremozas, Madrid, 1988). En una suerte de

balance de lo que ha sido su vida puesta en relación con la verdad, cree no haber sido fiel a ésta. En otra carta a Cabrera, al comentarle su lectura de *El Critón* de Platón y de *El manual* de Epicteto, se nota su afanosa búsqueda espiritual de una filosofía de consolación que otorgue resignación y amparo a su penuria existencial.

Un cierto sentimiento de culpa parece titilar detrás de la imposibilidad de realización mística en Teresa de la Parra, detrás de su imposibilidad de acceder a aquella sacralidad de su educación católica que parecía acompañarla en su infancia y adolescencia. Como si se sintiera abandonada de todo, como si la fe en sí misma le fallara, navega melancólica y depresiva en una suerte de turbio silencio de Dios. Siente que hundirse en la nada pudiera ser su salvación. Las últimas cartas que conocemos dirigidas a Lydia Cabrera en 1935 revelan en el lenguaje que utilizan, en la hondura del malestar y sufrimiento que las atraviesa, una especie de infra-sentido del dolor pautado por esa experiencia límite de la muerte a la que se ve enfrentada.

Estas cartas de Teresa de la Parra en los años y días finales de su vida tienen mucho de diario espiritual y existencial, de catarsis liberadora de la angustia. Se siente abandonada, como caída en un océano. Nos queda sin embargo, a través de ellas, la sensación de una vida que fue inesperadamente truncada en un momento de esplendor, que siempre aspiraba a más, a mayor intensidad vital y mayor despliegue creativo e intelectual. Ciertamente que el desasosiego y la inquietud de sí siempre habitaron sus días pero estos tenían una vía liberadora en sus textos de ficción, tensionados por la gracia, la ironía, por un fino sentido del humor detrás de los cuales destellaba la búsqueda de una identidad personal y social.

### **Cartas de amor**

Como lo he sugerido, cierta crítica ha tendido un velo de pudor y de censura sobre la

vida íntima de Teresa de la Parra. Su familia e incluso una de sus exégetas, Velia Bosch, que tuvo acceso privilegiado a su correspondencia personal, cuidaron y probablemente tacharon, censuraron u ocultaron parte de sus cartas y de su archivo personal<sup>4</sup>. Sabemos que el espíritu liberal y transgresor de la obra de Teresa de la Parra está más allá de estas actitudes moralistas que pretenden hacer in-confesable su vida amorosa. Las biografías que de ella se han escrito son incompletas y fragmentarias.

Hasta donde se sabe, según la lectura e interpretación de algunas de sus cartas, fueron dos las relaciones íntimas y amorosas de Teresa de la Parra: la que sostuvo con el escritor y diplomático ecuatoriano Gonzalo Zaldumbide (1883-1965) y la que sostuvo con Lydia Cabrera (1899-1991), escritora cubana. Observemos que la relación amorosa que hubo entre ellos debió estar mediada o estimulada por una relación intelectual de mutua admiración. Los tres son escritores en quienes la pasión de amar es tan importante como la pasión de crear y pensar. En algunas cartas que Teresa dirige a ellos encontramos referencias a otros escritores, a libros, a sus propias obras o a asuntos relacionados con la cultura.

En las misivas a estas personas hay marcadas diferencias de estilo con respecto a las cartas a sus amigos, pues el trato a ellas suele ser más informal, más íntimo. Así, algunas cartas a Zaldumbide son

explícitamente apasionadas, lo que indica que la relación rebasó la amistad para asumir una cercanía íntima, hondamente amorosa. Al parecer Teresa de la Parra frecuentaba ciertos círculos diplomáticos latinoamericanos en París. En una de esas citas o relaciones diplomáticas conoce en 1923 a Gonzalo Zaldumbide, quien acaba de ser nombrado Ministro Plenipotenciario de su país. La atracción debió ser mutua y de instantánea complicidad erótica. Desde entonces, Teresa, siempre bajo la mirada de su familia, inicia con su amigo una relación epistolar cada vez más informal, íntima e intensa que los lleva a reuniones más o menos vigiladas o clandestinas.

Tal como lo ha señalado Palacios, las citas o encuentros que tuvieron Teresa de la Parra y Zaldumbide “en alguna conferencia, en algún café, en la casa de alguna amiga en común, hasta que por fin pudo invitarla a cenar”<sup>5</sup>, transcurren entre 1923 y 1924. Cuando Teresa se ausenta a Ginebra u otro lugar fuera de París, la relación continúa de modo epistolar. Algunas de estas cartas de Teresa de la Parra tienen un tono de queja sentimental, a veces de recriminación. Cada palabra expresa un hondo sentimiento y una noción del amor como pathos, como sufrimiento o conmoción emotiva. En una de las más dolidas y sinceras que le escribe desde San Juan de la Luz, una comuna francesa situada en la región de Nueva Aquitania, le reclama su falta de ternura, a la vez que le expresa su desencanto, su tristeza y decepción amorosa. Se puede interpretar que es una carta escrita después de una tórrida relación de amor. Le confiesa su estado de penuria sentimental: “...no hago sino pedir limosna de ternura y en estas horas de la noche, en mi cama, tan inhospitalaria, busco los mendrugos recogidos...”(Parra, 1982, p. 531). El amor de Zaldumbide no se traduce para ella en

<sup>4</sup> Es la impresión que se tiene al consultar la cronología, el epistolario y el Diario de Bellevue-Fuenfria-Madrid de la Obra (Narrativa, ensayos, cartas) de Teresa de la Parra, bajo el cuidado de Velia Bosch en edición de Biblioteca Ayacucho: Caracas, 1982. Y es también lo que ha señalado Molloy: “Los cortes brutales afectaron en particular el diario de Parra escrito entre 1931 y 1936” (Silvia Molloy. Poses de fin de siglo. p. 135. Eterna Cadencia, 2012, Buenos Aires). Una nueva edición de textos de Teresa de la Parra con el título Textos recuperados bajo la curaduría de los investigadores Carlos Sandoval y Juan Carlos Chirinos ha sido editada por el Instituto Cervantes en Madrid en 2024. Es una edición que a la vez que muestra textos poco difundidos de la autora, revisa y da a conocer cartas antes tachadas así como la versión original de sus “Conferencias de Bogotá”. Incluye también una selección de sus diarios, textos críticos sobre su vida y su obra y una cronología.

<sup>5</sup> Palacios, María Fernanda. *Teresa de la Parra*. p. 76. El Nacional-Banco del Caribe. 2005. Caracas. La profesora Palacios ha estudiado amplia y detenidamente en otro libro el mito de la doncella en *Ifigenia*. Cf. *Ifigenia: Mitología de la Doncella Criolla*. Angria ediciones-CANTV-UCV. Caracas. 2001..

compañía pues dice sentirse “...tan y tan solita dentro de mi alma” (Ibid). Le confiesa que él no está en ella, en su alma.

El amor, sabemos, es un sentimiento complejo, poliédrico. Aunque en efecto no parece prevalecer la alegría en esta cartas a Zaldumbide, hay una en la que dice sentir su amor como un “canto... en todos lados” (p.535). En esta carta escrita desde Maracay en diciembre de 1924, se pregunta, ligado al amor, qué fenómeno “inesperado” es el fenómeno de la fidelidad que no comprende pero que cree que viene de la misma fuente de donde brota el amor maternal “porque es irrazonable animal, bastante estúpido y es el resultado de caricias, huellas de besos,,” (p.535). En otra carta le dirá que lo “adora ... .con ese amor que solo nace de las grandes barreras...” (p.536). Dos mitos están aquí en tensión: el mito de la virginidad y el de la maternidad. Entre ellos se desplaza paradójico y problemáticamente su amor por Zaldumbide.

Para Teresa el amor es antes que nada, una relación espiritual, profundamente ligada al alma. No es, lo que al parecer, ha sentido con respecto a Gonzalo Zaldumbide, a quien le reclama ternura. De allí, en gran medida su desencanto, su descreimiento del amor, esa tristeza profunda que dice sentir en su alma. Con extrema sinceridad confiesa tener miedo de él y “horror a los demás hombres” y agrega sentir “el más profundo desprecio por esa cosa que llaman amor...” al que siente “brutal y salvaje como los toros del domingo” (Ibid). Evalúa la relación amorosa entre ellos y manifiesta no comprenderla. Todo esto nos hace suponer que Teresa siente el amor (carnal) y masculino de Zaldumbide como una violencia insoportable, lo que hace exigirle un amor y una ternura femeninas: “... ¡ah si supieras quererme con alma de mujer! Me bastaría con el alma y prescindiría del cuerpo” (p. 532)

En estas cartas entre Teresa de la Parra y Gonzalo Zaldumbide se cruzan imágenes, reflexiones y sentimientos diversos: soledad, tristeza, recuerdos de su amiga Emilia Ibarra,

de sus años de “cocktail” en Caracas, miedos, celos. Le preocupa que Eduardo, sirviente de Zaldumbide, comente algunos de sus encuentros íntimos. Se trata de cartas que son un particular registro de las variaciones anímicas y sentimentales de Teresa de la Parra: a veces celebra su amor con Zaldumbide, otras, lo rechaza. En ellas el amor, como lo hemos sugerido, es una pasión y fantasía de diversas aristas, dialoga con miedo, con los deseos, con los prejuicios, con la violencia, con los sueños, con los recuerdos. Entre el goce y la culpa, la aceptación y el rechazo, el amor por Zaldumbide tiene más de pasión de pasión atormentada que de celebración gloriosa.

Las cartas que envía a Lydia Cabrera expresan una relación sentimental menos tormentosa y atormentada, que la sostenida con Zaldumbide, pero como las que le envió a este, han sido objeto de tachaduras, de censura. Se entiende por lo demás, que para esa época las relaciones amorosas entre dos mujeres eran un tema absolutamente tabú, sobre todo en los países latinoamericanos. No está del todo claro cuándo se conocieron, se estima que haya podido ser en 1924 en una escala que hiciera Teresa de la Parra en la Habana en la oportunidad en que viajaba en barco a Venezuela. Aunque se ha señalado que no convivieron por periodos prolongados, compartieron algunos viajes, particularmente un viaje a Italia que las llevó por varias ciudades. No queda tampoco del todo claro en qué términos se desarrolló la relación amorosa, pero podemos entender que hubo un gran afecto, intimidad, confianza y comprensión mutuas. Hubo alguna invitación a la cama según se ha podido leer en una carta ya libre de la censura. (Cf. Teresa de la Parra *Textos recuperados*. Madrid, Instituto Cervantes, 2024). También quizás, celos de parte de Cabrera, quién sabía de las relaciones de Teresa de la Parra con Zaldumbide. Puesto que el amor no excluye diferencias, se puede entender que hubo en algún momento, algún grado de pequeñas asperezas o desacuerdos entre ellas, lo que nunca significó ruptura.

El saludo inicial de Teresa a Lydia Cabrera es siempre muy informal y cariñoso: “Cabrita mía querida”, “Bonjour Cabrita bonita”, “querida Cabra” o sencillamente “Cabra”. Expresa un trato juguetón que revela intimidad, atracción y confianza mutuas. Las despedidas suelen ser también muy afectuosas: “Te quiero”, “te mando muchos besos”, “no olvides que te quiero”. Hay en este “te quiere” o “te quiero” como despedida, en el mismo lenguaje que se reitera en el desarrollo de muchas cartas, una simpatía afectuosa y amorosa inusual en Teresa de la Parra, por lo que se puede inferir que la relación entre ellas fue progresivamente de mayor intimidad y confianza. A diferencia de las cartas con Gonzalo Zaldumbide, estas, dirigidas a Lydia Cabrera, no expresan mayores tensiones ni conflictos pasionales. Teresa, que siempre evadió o negó las reiteradas peticiones de matrimonio de Zaldumbide, parece ahora con Lydia Cabrera sentirse amada, como ella quería, “con alma de mujer”. La relación con Lydia, con la que comparte gustos, amor por la independencia personal y pasión por la literatura, es en estas cartas, más fluida, menos tensa, aunque se ha observado que la cubana es celosa con respecto a Gonzalo Zaldumbide, a la vez que “impulsiva y vehemente en sus juicios” (Palacios, 2001, p. 90), lo que incomoda a Teresa de la Parra. Podemos suponer, por lo que sugieren algunas cartas, que una vez casado Zaldumbide, éste continuó viéndose con de la Parra y la relación con él, que perduró hasta los últimos días de Teresa finalmente devino amistad.

En general las cartas que conocemos de Teresa de la Parra a Lydia Cabrera no son cartas que expresen un amor intenso o apasionado. La relación amorosa, sin embargo, se evidencia en algunas frases: “...tengo ganas de verte... la Habana contigo me resultaría una Habana de tercera clase...” (Hiriart, 1988, p.85). Se entiende que había entre ellas un cuidado mutuo, siempre pendientes de la salud, protección y bienestar de la otra. En muchas de ellas Teresa le informa cosas, y le expone asuntos cotidianos:

negocios, dinero prestado o por cobrar, opiniones sobre personas, lecturas, consejos de conductas, opiniones políticas y sobre personas. En otras le refiere planes, asuntos políticos o culturales. Compartían, aparte de sus sentimientos, gustos y afinidades, una misma pasión por la literatura, por sus países, por un continente americano con el cual se sentían comprometidas, participantes críticas de su cultura. Los libros que escriben y la correspondencia entre ambas permite constatar esta pasión americana. La oralidad de *Las memorias de Mamá Blanca*, su arraigo en la cultura oral y popular venezolana tiende puentes comunicantes con los *Cuentos negros* de Lydia Cabrera y su interés etnológico por la cultura negra cubana. Todo indica que se leían entre sí e intercambiaban puntos de vista en relación a sus textos e intereses. Hay referencias dispersas en algunas cartas, como esta en la que Teresa le dice: “Me gustaría ocuparnos de que se publique uno de tus cuentos en la R. de Occidente” (Parra, 1951, p. 148). Se refiere a la Revista de Occidente.

En una carta probablemente de 1930, le comenta acerca de su viaje a Colombia, donde dicta las luego famosas “Conferencias de Bogotá”, su viaje a Tunja, los recibimientos y homenajes de que fue objeto. En otras suele deslizar comentarios acerca de la cultura criolla, del comportamiento mimético de algunos hispanoamericanos en Francia. En una carta de mayo de 1932 fechada en Leysin le comenta tener herencia indígena y sentirse identificada con los indios de los Andes (Trujillo y Mérida): “Creo ... fuertemente en mi herencia india” (p. 142). Todo parece indicar que había en Teresa de la Parra una lucha por reafirmar su condición criolla, mestiza, por oposición al espíritu colonizador europeo. Ya, cuando descubre su lesión pulmonar, encuentra en Lydia Cabrera un gran apoyo. Las cartas de este periodo suelen estar referidas a noticias sobre su salud, a lo que le dicen los médicos, la progresión en el tratamiento o las recaídas, a su estado emocional, a su tristeza y melancolía. Igualmente le revela

aspectos de su personalidad, sus sufrimientos a consecuencia de la enfermedad, su gusto por la soledad, cómo su estado emocional ha sido alterado por efectos de tanta nueva experiencia y también de los narcóticos. “He tomado mucha morfina y opio” (p. 127). Su melancolía se expresa en ocasiones a través de frases poéticas en las que dialogan la nostalgia, la queja, el deterioro vital. Así, cuando dice: “¡Qué puñados de cenizas los días vividos y qué poco nos queda de ellos..!” (p. 145).

Este sentimiento de melancolía resuena en muchas otras cartas y a través de él se puede captar su temor a la muerte, su tristeza y soledad, su aislamiento y rutina en la habitación del sanatorio. Su lenguaje sin embargo no es patético pues está tensionado por un cierto sentido de calidez humana, de confesión, de intimidad poética. Dice: “Las tardes han sido tristesimas. El cielo negro, el lago del mismo color y los árboles, dejando volar las hojas. ...Sentía en mi un mal espíritu”(p. 148) . En una de sus últimas cartas a Lydia Cabrera, fechada en 1935, le confiesa no tener ya ni voluntad ni alegría de vivir. Solo parece disfrutar la soledad y el recogimiento en sí misma. Cada vez siente más la necesidad de aislarse. Sumida en una profunda depresión, su estado de ánimo es de una absoluta tristeza. Un año más tarde, en 1936, morirá en Madrid.

### **Algunas cartas políticas**

Insistamos preliminarmente en este asunto: la actitud política y la actitud amorosa de Teresa de la Parra parece haber sido deliberadamente ocultadas por la crítica hasta ahora, en un intento de cubrir a nuestra autora de una moral pura o sagrada, como si su auténtica vida tuviese algo de inconfesable. No. Las cartas que de un tiempo acá comienzan a conocerse más allá de la censura revelan en Teresa de la Parra una mujer muy inteligente y sensible, pero también una mujer frágil, sujeto de pasiones y miedos como cualquier ser humano. Esa humanidad del deseo, de la apetencia por el placer o el bienestar

económico y el halago pero también de la tribulación u horror ante la enfermedad y la muerte, están en sus cartas. Del mismo modo, la angustia de un cuerpo que ama y sufre o que se deja agasajar por el poder político a condición de que le rinda tributo o le sea leal. Allí está, en sus cartas, explícita o entre líneas su biografía inconfesada.

Teresa de la Parra tuvo un marcado interés por el país, por su Historia, no así por los asuntos políticos. Era conocida sin embargo, su amistad con algunos hijos del dictador Juan Vicente Gómez, de quien recibió un trato amistoso.

Hay una carta dirigida a Lydia Cabrera, posiblemente de 1932 (las fechas de muchas cartas son tentativas, inciertas) de particular interés por sus reflexiones y opiniones políticas. En esa carta Teresa le comenta a Lydia que está leyendo la “narración” del general Florencio O’Leary en torno a la vida de Bolívar. Sabemos que este fue su edecán y escribió unas *Memorias* que son un importante testimonio sobre la trayectoria de Bolívar y sobre la Guerra de Independencia. A través de esta carta nos enteramos también de que su abuela materna Mercedes Espelozin Tovar de Sanojo perteneció a la vieja sociedad colonial y al linaje de los héroes de la Independencia al igual que su tía Teresa Soublette, hija del general Carlos Soublette y su tío Manuel Hernaíz. De la lectura de la narración de O’Leary dice Teresa que pudo conocer a un Bolívar “apóstol, santo y mártir mucho más grande que el héroe” (p.152) y a través de los comentarios de su familia durante su infancia, en su casa materna, supo de la improvisación y anarquía en que se formaron las repúblicas bolivarianas, particularmente Venezuela, después de la guerra de Independencia.

De ellos, de su familia, tuvo noticias, le dice, cómo se formó el caudillaje, “los demagogos y, por fin, el dominio de la fuerza bruta de los bárbaros desde los Monagas y Guzmán, que fueron los primeros, hasta Castro y Gómez” (p. 152). Sorprenden estos comentarios de Teresa de la Parra quien en

1928, durante una estancia en la Habana como invitada al VII Congreso de la Asociación Prensa Latina, mientras en Venezuela se agitaba en rebelión el ambiente, ella hacía comentarios al “Diario de la Marina” favorables al dictador Gómez. Posteriormente, sorprende conocer su opinión de como alrededor de estos políticos leales al dictador, fue gestándose una “atmósfera de servilismo, de abyección y de mal gusto que se refleja en todo” (p. 152). Es notorio así el desencanto de una Teresa de la Parra ya enferma y que siente, quizás, el final de sus días y se permite hablar con sinceridad absoluta. En carta posterior a Lydia Cabrera, le dice, citando a Goethe, que prefiere “sufrir de la tiranía y de la injusticia que del desorden” y agrega: “Por eso soy hasta cierto punto gomista...”. Creo pues, que Teresa de la Parra no tenía una definición clara y definitiva de cómo debían conducirse los asuntos políticos de Venezuela. Sus opiniones son pues, diversas, un tanto contradictorias. Parece tener una actitud de reserva frente a las revueltas estudiantiles de 1928 y las torturas, muertes y encarcelamientos a que somete el dictador Gómez a los líderes que se le oponen.

Se conocen algunas cartas de Teersa de la Parra dirigidas al general Juan Vicente Gómez y a algunos de sus hijos, solicitando sus favores. Iluminan parcialmente ese capítulo un tanto desconocido y oscuro de su vida, de sus relaciones con el poder político de su época. Buena parte de su vida estuvo enmarcada en el desarrollo de la tiranía de Gómez: conoció los 27 años de su feroz mandato. No desconocía, por lo tanto, lo que significaba la dictadura de Gómez en lo que respecta a su carácter autoritario y represivo y las condiciones deplorables en las que vivían los venezolanos. Veamos una de esas cartas. Es una misiva fechada en Caracas el 18 de junio de 1923 en la que nuestra autora, antes de emprender su viaje a París, se dirige al dictador saludándolo, elogiando su mandato y pidiéndole su apoyo para ir a Francia y gestionar la publicación de su novela *Ifigenia*. Le argumenta que su libro “... es un exponente de nuestra cultura y de nuestro

progreso actual, obra de sus años de gobierno, ese libro venezolanísimo, que habla como a usted le gusta que le digan las cosas...”<sup>6</sup>. En otra carta del 27 de diciembre de 1927, que responde a una tarjeta del general Gómez, le agradece su “tantísima bondad y gentileza” y le pide considerarla “una amiga sincera y decidida” a la vez que desea tener la ocasión de demostrarle su “adhesión y simpatía” (p. 152)

Ciertamente Teresa de la Parra nunca tuvo un interés particular en los asuntos políticos del país. No era costumbre de las mujeres para su época tener una participación activa en la política, una problemática que concernía fundamentalmente a los hombres. Quizás por serle un campo un tanto vedado se mostró indiferente al mismo. Sin embargo no deja de ser una paradoja sus elogios al dictador si consideramos el espíritu crítico que se expresa en sus novelas y particularmente en *Ifigenia* así como también, tal como lo hemos visto, en muchas de sus cartas a amigos. Le reconoce al dictador Gómez haber puesto orden en un país sumido en el caos como consecuencia de las guerras caudillistas a la vez que no da muestras de simpatía o apoyo a las luchas políticas de oposición, algunas libradas por jóvenes universitarios.

Creo pues, que Teresa de la Parra tenía una visión negativa de la política, considerándola algo sucia. En una carta a Lydia Cabrera, probablemente escrita en 1933, le dice: “...yo creo que todos los políticos de todos los tiempos han sido sinvergüenzas y criminales... Todos son iguales...” (Hiriart 1988, p.122). Sin embargo ella sabe que el dictador Gómez ama la lisonja y la utiliza para obtener sus favores. Así, en una carta fechada el 15 de mayo de 1925, desde París, le reitera su solicitud de apoyo para la publicación de *Ifigenia* en Francia y una vez más elogia su “régimen próspero que a todos nos da tantísima

<sup>6</sup> Teresa de la Parra y su gran amistad con el general Juan Vicente Gómez y sus hijos en <http://www.juan-vicentegomezpresident.blogspot.com>. Recuperado el 28 de mayo de 2024.

seguridad y bienestar”<sup>7</sup>. Palacios refiere una carta que ella envía a Gonzalo Zaldumbide donde le narra y describe las atenciones de que es objeto por parte del dictador que la hace su huésped de honor en su residencia presidencial de Maracay. En ella se capta a una Teresa de la Parra seductora y seducida en la trama del poder. Describe y narra como ella y su hermana desfilan “elegantísimas” ante el dictador, sus hijos, sus Ministros, sus edecanes, el mundo oficial y diplomático. Le señala a Zaldumbide que “...todo lo soñado está a nuestra disposición”<sup>8</sup>.

### Nota final

El conocimiento de la vida y la obra de Teresa de la Parra pasa por el conocimiento de sus cartas. A título de muy provisional conclusión podríamos afirmar que lo que está en juego en muchas de ellas y con mayor énfasis en las del periodo de su enfermedad, es la cuestión de su identidad personal, un asunto por lo demás inherente a su propia obra de ficción. Ella tenía una aguda conciencia de sí misma, de su cuerpo, de sus actos, de su escritura. Sus cartas testimonian una búsqueda interminable y atormentada de su identidad y de una espiritualidad que calmara su alma, sus penas, sus demonios. En una de sus últimas cartas a Lydia Cabrera en agosto de 1935, desde París, le confiesa, agravada su asma y su tuberculosis, sentirse “como muerta” y tener incluso fobia de escribir. Humillada por la enfermedad, va a morir en Madrid, un 23 de abril de 1936.

### Referencias bibliográficas:

- Díaz Sánchez, Ramón. (1954). *Teresa de la Parra* (Clave para una interpretación). Caracas. Ediciones Garrido.
- Kristeva, Julia. (1997) *Sol negro. Depresión y melancolía*. p. 14. Monte Ávila Latinoamericana. Caracas.

- Mariano Picón Salas. (1951). *Teresa de la Parra. Cartas*. Librería Cruz del Sur. Caracas.1951.
- Molloy, Silvia. *Poses de fin de siglo*. Eterna Cadencia, 2012, Buenos Aires
- Palacios, María Fernanda. (2001). *Ifigenia: Mitología de la Doncella Criolla*. Angria ediciones-CANTV-UCV. Caracas.
- Palacios, María Fernanda. (2005). *Teresa de la Parra*. El Nacional-Banco del Caribe. Caracas.
- Parra, Teresa de la. (1957). *Cartas a Rafael Carías*. Alcalá de Henares (España), Talleres penitenciarios de Alcalá de Henares.
- Parra, Teresa de la. (1982). *Obra* (Narrativa, ensayos, cartas). Edición de Biblioteca Ayacucho: Caracas.
- Parra, Teresa de la. *Textos recuperados*. (2024). Instituto Cervantes. Madrid.
- Hiriart, Rosario. (1988). *Cartas a Lydia Cabrera* (Correspondencia inédita de Gabriela Mistral y Teresa de la Parra). Ediciones Torreozas. Madrid.

<sup>7</sup> Teresa de la Parra y su gran amistad con el general Juan Vicente Gómez en <http://www.juanvicentegomezpresidente.blogspot.com>. Recuperado el 28 de mayo de 2024.

<sup>8</sup> Cf. Palacios, María Fernanda. **Ob.** cit. p. 98-100